

---

# LA CRISIS DEL MARXISMO Y AMERICA LATINA

E. Gomáriz-C. Franco  
J. Aricó-A.G. Frank

---

*análisis y debate*

---



1

Para conmemorar el centenario de la muerte de Karl Marx se celebró el 14 de marzo de 1983 un Congreso de ciencia política en Tréveris, su ciudad natal, sobre el tema *Marx en Asia, Africa y América Latina*. El contenido de este encuentro, al que asistieron políticos y estudiosos de las ciencias sociales de los cinco continentes, giró desde trabajos monográficos sobre las observaciones que hiciera Marx acerca de las distintas áreas dependientes, al estudio del estado del pensamiento marxista en la actualidad. En tal sentido, el Congreso se inclinó progresivamente hacia el examen de si la discusión sobre la crisis del marxismo es algo que ocupa sólo a los europeos o tiene alguna relevancia en el Hemisferio Sur. Todas las observaciones que recuerdo hechas por analistas de países «periféricos» coincidieron en delimitar a Europa la discusión sobre la crisis del marxismo.

Con la intención de hablar en particular del caso latinoamericano, propuse a José Aricó, el hombre de las ediciones *Pasado y Presente*, autor del reciente trabajo *Marx y*

*América Latina* (Alianza Editorial Mexicana, 1982) una conversación con otros autores interesados en el tema. Y así fue como, en su habitación del hotel, nos reunimos una noche con el peruano Carlos Franco, coordinador del CEDEP, director de la revista *Socialismo y participación* y antiguo asesor del gobierno Velasco, y con André Gunder Frank, el especialista en estudios sobre el desarrollo y autor de la voluminosa *La crisis mundial* (Bruguera. Barcelona, 1980). De la conversación entre los cuatro, que comenzó por la crisis ideológica pero acabó profundizando en las dificultades que la crisis económica ante las aperturas democráticas que se apuntan en el continente, dan resumida cuenta las siguientes líneas.

**Enrique Gomáriz.**—En la izquierda europea está teniendo lugar, desde mediados de la década pasada, una serie de cambios en el ámbito de la teoría política, del que destaca la discusión sobre la crisis del marxismo. Cabría preguntarse si algo parecido está sucediendo en el continente latinoamericano. Incluso dicho de una forma más eurocentrista, ¿está teniendo algún reflejo en América Latina la discusión que sobre la crisis del marxismo se desarrolla fundamentalmente en Europa?

**Carlos Franco.**—Yo creo que la discusión sobre la crisis del marxismo está afectando a algunos círculos de la intelectualidad latinoamericana —en Perú desde hace tres o cuatro años— y mucho menos a los partidos de la izquierda marxista, casi siempre de origen leninista. En Perú esta discusión se inicia con una suerte de cuestionamiento de la identificación del socialismo con el poder omnímoto del Estado y prosigue con la puesta en cuestión de la noción de partido, especialmente si se trata de un partido de clase o un partido que integre diversos contingentes sociales. Finalmente, se desarrolla en torno a los temas conocidos de la relación entre democracia y socialismo.

De todas formas, yo creo que la crisis del marxismo ortodoxo tiene en América Latina un camino ya viejo. Me refiero a lo siguiente: desde los años treinta se plantea una discusión (Mariátegui y Haya en Perú) donde los polos son el marxismo-leninismo dictado por la III Internacional y la posibilidad de reformular el pensamiento marxista sobre la base de un enraizamiento nacional del discurso teórico. Yo no sé si esto guarda relación con elaboraciones posteriores, como es el caso de la Teoría de la Dependencia.

**José Aricó.**—No podría decir que el debate sobre la crisis del marxismo haya penetrado en Argentina, ni tampoco en la izquierda mexicana, que son los dos lugares que conozco mejor. Naturalmente, esta discusión tuvo un reflejo en el mundo académico y eso se manifiesta en los tres coloquios a los que yo asistí: el debate de Puebla, el de Morelia y el de Guajaca. Pero ese reflejo quedó encerrado en el ámbito universitario y no se ha prolongado —al menos de forma explícita— dentro de las organizaciones políticas. En este terreno podría afirmarse que existen rupturas de la ortodoxia, por ejemplo en el caso del MAS de Venezuela o Chile, donde investigadores relacionados con el Partido Socialista han ahondado sobre los problemas del partido y del modelo de socialismo. Ahora bien, estos avances no creo que se puedan ligar a una reflexión sobre la crisis del marxismo.

**André Gunder Frank.**—Hace algunos años le decía a mi compañera chilena que el término «eurocomunismo» —que aparece en Europa no mucho antes que la discusión sobre el marxismo— es completamente incorrecto, porque el fenómeno a que se puede referir empezó hace muchos años en América Latina y debería llamarse entonces «latinocomunismo». Cuando se habla de la experiencia del MAS en Venezuela, yo creo que en sus orígenes se plantearon las cosas que muy posteriormente se vino a llamar eurocomunismo. Pero la relación más directa se ve en otro hecho: no es por casualidad que Berlinguer haya planteado el compromiso histórico después de lo que pasó en Chile. In-

cluso se me ocurre si no habría que replantear tu pregunta e investigar cuál fue la influencia latinoamericana en los debates políticos europeos que han llevado a la discusión sobre la crisis del marxismo.

*Enrique Gomáriz.*—En efecto, yo creo que en Europa la crisis del marxismo sigue el abandono de los grandes partidos comunistas de los presupuestos leninistas, aunque el abandono explícito del leninismo no se haga sino más tarde. Cabría preguntarse si ese proceso no sigue sus propios cauces en América Latina. Porque es cierto que si se hiciera la historia del pensamiento marxista en América Latina encontraríamos procesos más complejos. Yo creo que desde un principio —aunque esto se muestre más explícitamente durante la crisis de los años treinta— se plantea una interrelación del marxismo con el nacionalismo que, naturalmente, dura hasta hoy (y el caso del MIR boliviano me parece evidente). Después, en la década de los sesenta tiene lugar un marxismo-leninismo alternativo al de los Partidos Comunistas. Un marxismo-leninismo que se hace guerrilla o se reclama antiestalinista, y un ejemplo de esto último —además de los pequeños grupos en cada país— lo tenemos en Chile con el Partido Socialista. El PS chileno se ha reclamado del leninismo hasta hace un año o poco más. Y luego vendría ese tercer momento que se manifiesta sobre todo en la experiencia del MAS y ahora, últimamente, en el proceso de convergencia del socialismo chileno. Ahora bien, si como decís, la discusión sobre la crisis del marxismo se ha presentado claramente en las organizaciones de izquierda, ¿podría suceder que en éstas el abandono del leninismo se hiciera sin provocar esa discusión surgida en Europa y asistiéramos a una especie de marxismo renovado latinoamericano?

*Carlos Franco.*—Ese proceso es posible, pero si se produce lo hará de una forma muy dispar, porque en América Latina cada región tiene marcadas especificidades. Yo creo que en Venezuela sí puede hablarse de que el MAS habría abandonado el leninismo para iniciar un proceso renovador. Tengo la impresión de que en Brasil ha habido un cuestionamiento severo del leninismo, al menos en dos grandes partidos de izquierda. Pero, por ejemplo, en el caso de Perú eso no está tan claro: los intentos renovadores —por ejemplo, los partidos que se reclaman mariateguistas— siguen planteándose su evolución dentro de los límites del marxismo-leninismo, o al menos siguen reclamándose marxistas-leninistas.

*José Aricó.*—En principio yo creo que hay que ser cuidadosos con la idea de la relación entre abandono del leninismo y crisis del marxismo, tanto en Europa como en América Latina, porque aunque son fenómenos de una misma coyuntura, no está tan claro que exista entre ellos un signo de correspondencia. Y, por otra parte, si a pesar de las especificidades de cada área, nos atrevemos a pensar en un sentido continental, entonces hay que concluir que América Latina es un continente «objetivamente leninista», un continente soreliano y leninista. Porque a nivel continental se sigue creyendo que solamente una organización fuerte, con capacidad de fusión con las masas, puede organizar la conquista del Estado, sin la cual, no hay transformaciones posibles. Y creo que ésta es la concepción hegemónica todavía a lo largo de todo el continente, excepto en los focos que mencionamos y que, a mi juicio, la separación de esta forma leninista de la política tiene más que ver con crisis de estrategia internas, que con una profunda reflexión teórica.

*Carlos Franco.*—Bueno, eso es otra cosa. Naturalmente, yo creo que hay bastante de verdad en la idea de que las condiciones socio-económicas latinoamericanas tienen un peso en esa «continentalidad leninista», incluso si no está claro que esa opción leninista acabe por dar salidas a su propia crisis. Pero en un continente en el que la mayoría de la población no tiene satisfechas sus necesidades básicas, es evidente que las condiciones intelectuales, culturales, etc., para plantearse otro tipo de cosas que tienen que ver con el

socialismo democrático, no son muy amplias. Por tanto, las vanguardias políticas o los grupos intelectuales tienden a parecerse mucho más a los intelectuales rusos de principios de siglo, en cuanto a sus presupuestos de partida, que a los correspondientes a una Europa cuya fundamental preocupación es el deterioro del nivel de vida y de la calidad de la vida.

*André Gunder Frank.*—Ahora que veo América Latina desde Europa, creo que cualquier análisis sobre las crisis ideológicas tiene que tener en cuenta tres elementos que diferencian notablemente la situación europea de la latinoamericana. El primero sería el de la correspondencia que aún tiene en Latinoamérica la visión leninista con la situación socio-económica. Otro elemento sería que —sea por cuestión de principio o por necesidades geo-políticas— la Unión Soviética es todavía considerada como el aliado natural de los movimientos de liberación. Algo que, desde luego, no puede verse así desde Europa. Y en tercer lugar, el hecho de que hoy exista una diferenciación fundamental en América Latina, desde el punto de vista político: del canal de Panamá hacia arriba se vive una euforia revolucionaria que nada tiene que ver con el replanteamiento de las cosas que se dan en Sudamérica para encontrar vías de apertura.

*Enrique Gomáriz.*—Bueno, habría que preguntarse qué elementos nuevos se dan en ese proceso revolucionario que está sucediendo al norte del Canal de Panamá, porque los dirigentes sandinistas aseguran que no están importando el modelo cubano, sino que mantendrán el modelo pluralista originario. Naturalmente, también habrá que ver cuál es la evolución real de la situación. En todo caso, la pregunta puede precisarse: ¿existe en Sudamérica un proceso de surgimiento de focos que replanteen cuestiones ideológicas y tiendan a la liquidación de esa «uniformidad leninista» de que habla Aricó?

*José Aricó.*—Si la pregunta se refiere a si existe una tendencia global de sustitución del leninismo, yo creo que no. Y repito que cuando yo digo leninismo no me refiero únicamente a los que se reclaman marxistas-leninistas, sino a una forma de concebir la lucha política. Las organizaciones marxistas o no marxistas latinoamericanas, que se plantean objetivos concretos de poder, son leninistas porque los presupuestos leninistas son los que les ofrecen una estructura doctrinaria, teórica y organizativa que corresponde bastante aproximadamente a sus necesidades. En este sentido puede afirmarse que el leninismo es una suerte de metáfora, es decir, que resultaría difícil encontrar con precisión a Lenin en sus planteamientos. Y eso también vale para los procesos centroamericanos. El discurso de los nicaragüenses es un ejemplo: no dudan en definirse marxistas, pero no se definen leninistas. Sin embargo, en su discurso —en el del representante sandinista a este Congreso— se deduce toda una estructura leninista de concepción del poder, de su relación con las masas, de prefiguración de las instituciones políticas. Entonces no se trata de ver el problema como una dificultad de revisión en el plano de la ideología, sino desde el punto de vista de la acción política. Y en ese sentido yo diría que existe un protoleninismo en muchas organizaciones anteriores: por ejemplo, creo que Haya de la Torre es un político mucho más leninista que Mariátegui, por su forma de concebir el poder, la conquista del poder, la organización de las masas, su instrumentalización, etc.

Mi conclusión respecto de tu pregunta sería: mientras no existan sistemas políticos estables, instituciones que funcionen, procesos de alternancia en el poder, control de las instituciones militares, no existirán en América Latina las condiciones para reconducir esa «continentalidad leninista».

Los replanteamientos que se dan tienen lugar en una franja de intelectuales, con una relación débil con los partidos de izquierda, y en algunos grupos pequeños que se han dado cuenta que no da para más la línea tradicional. Pero la mayoría de las organizaciones

políticas siguen dentro de los límites del leninismo, entendiendo el leninismo en estrictos términos históricos. Es decir, el desarrollo de algunos presupuestos de Lenin como totalización de su teoría, que, como sabemos, es algo que se dio después de la muerte del propio Lenin.

*Carlos Franco.*—Yo matizaría algo esa respuesta. Es cierto que no puede hablarse aún de una tendencia significativa de sustitución del leninismo, pero hay algunos puntos interesantes, como son el MAS y quizá, aunque lo conozco poco, el proceso en algunos sectores de la izquierda chilena. Pero respecto del futuro yo tengo una hipótesis de trabajo. A mí me parece que cuanto más heterogéneas son las condiciones de vida dentro de cada sociedad latinoamericana, más posibilidades hay de cuestionar las fórmulas tradicionales de hacer política. Ejemplos de esto se me ocurre que son Brasil y Perú.

*Enrique Gomáriz.*—Esa afirmación sobre las formas heterogéneas de vida social me hace pensar en que la discusión sobre la crisis del marxismo se inscribe en Europa en la coyuntura donde surgen los nuevos movimientos sociales: el feminista, el pacifista, el ecologista. Cabría preguntarse si existe en América Latina algún brote de estos planteamientos o, al menos, de alguno de ellos, por ejemplo el feminista que, como en Europa, llegue a suscitar la discusión sobre los sujetos históricos...

*Carlos Franco.*—Yo diría que en el caso peruano sí hay en ciertos sectores una preocupación por ir más allá del ámbito tradicional de la política. De la política como una cuestión pública de lucha por el poder del Estado. Esta preocupación se vincula con el feminismo, pero no con la problemática ecológica...

*José Aricó.*—Se vincula en Perú con el feminismo porque ustedes tienen un movimiento feminista más o menos fuerte, y no tienen ningún movimiento ecologista. Y eso hace que las organizaciones políticas tengan algún reconocimiento hacia un feminismo basado en Flora Tristán, aunque la tendencia a coartarlo siga presente. En todo caso, creo que la discusión sobre los nuevos sujetos históricos no está presente, incluso en Perú.

*Carlos Franco.*—Lo que sucede en Perú es una diversificación de demandas provocadas más bien por la naturaleza de la crisis económica: parece que los partidos son incapaces de asumir la representación de fuerzas dispares, como el movimiento de mujeres, de barriadas, e incluso el movimiento campesino, que comienza a organizarse sin liderazgos políticos. Esto no genera la cuestión de los sujetos sociales, pero de hecho pluraliza la cantidad de agentes sociales que se perciben de forma autónoma. Este hecho tiene consecuencias en el discurso de las organizaciones políticas, lo permea, aunque no plantee una discusión sobre los sujetos sociales.

*Enrique Gomáriz.*—Creo que algún proceso similar está apareciendo en Brasil, y habría que ver qué sucederá en Argentina...

*José Aricó.*—Pues es posible que esto ocurra con fuerza en los próximos años, porque en Argentina hay una mayor crisis de representatividad de las organizaciones políticas y ya hay una emergencia de formas de protesta popular autónomas que, naturalmente, se han visto condicionadas por el tipo de lucha que impone un gobierno autoritario. Y estoy hablando también del movimiento juvenil a favor del rock argentino. Pero si desaparece el gobierno autoritario es posible que se den fórmulas autónomas a partir de movimientos ya existentes, como el de las Madres de Mayo, que hoy parece un movimiento ejemplar en cuanto a su autonomía y su utilización de la resistencia popular.

*Enrique Gomáriz.*—Me gustaría tocar otro de los elementos mencionados por Andrés: la visión de los países del Este. ¿Existe algún tipo de evolución en la izquierda latinoamericana respecto de la naturaleza de los sistemas del Este?

*André Gunder Frank.*—Yo creo que de nuevo hay que tener bien presente la división geográfica. Del Canal de Panamá hacia el Norte, por euforia revolucionaria y por otras razones, los países del Este siguen siendo aliados, mientras que no está tan claro que eso suceda por debajo del Canal de Panamá, al menos yo no me imagino que alguien en Argentina piense que la URSS es un aliado estratégico de la liberación.

*Carlos Franco.*—Y también tener presente de nuevo el factor objetivo: la situación geo-política. En este sentido yo recuerdo una conversación tenida con Velasco, que era un jefe militar reformista pero, evidentemente, muy distante de nada que tuviera que ver con posiciones comunistas, y que, sin embargo, me dijo: «Hagamos una crítica de la Unión Soviética, pero sin poner en peligro las posibilidades de que sirva de contrapeso a una eventual acción norteamericana». Esto es un problema real, más allá de las ideologías: para los latinoamericanos es necesario usar los contrapesos posibles dada su proximidad geográfica con la otra superpotencia. Y esto no está en contradicción con la posibilidad de que los PC traten de integrar algunos elementos del discurso eurocomunista sobre este tema, aunque también esto me parece una integración instrumental.

*André Gunder Frank.*—En todo caso, se dan cambios muy fluidos. Por ejemplo, en Chile. El MIR chileno nació y luchó durante una década con una independencia de la URSS y de la política que ella representa, y ahora se ha dado vuelta totalmente. Ha caminado, en ese sentido, al contrario que la convergencia de los socialistas...

*Carlos Franco.*—Yo creo que la Unión Soviética tiene cada vez menos simpatías entre la militancia de izquierdas, pero en América Latina el problema no es la URSS, sino Cuba y su apoyo a Nicaragua, El Salvador, etc.

*Enrique Gomáriz.*—Pero a mediados de los setenta, cuando yo fui, había en muchos sectores de la izquierda latinoamericana una especie de replanteamiento, que se resumía en la idea: «no tocaremos a los cubanos públicamente, pero no estamos de acuerdo con ellos»... ¿Esto ha tenido alguna evolución?

*Carlos Franco.*—En cualquier caso, no hay ninguna discusión pública sobre la situación cubana...

*José Aricó.*—Es que la dimensión ideológica y política del anti-imperialismo es algo que tiene una fuerte presencia en América Latina (algo que en Europa apenas existe). El anti-imperialismo desde América Latina tiende a dividir el mundo en dos partes: el imperialismo que nos domina a nosotros y el resto del mundo. Y uno puede no tener mucho aprecio por los soviéticos, pero si te apoyan económica y políticamente, no vas a decir que no a su ayuda, aunque esto te cueste disminuir el volumen de tu crítica. Y no estoy hablando en abstracto, pueden ponerse muchos ejemplos. La guerra de las Malvinas puede haber sido una barbaridad de militares desorientados, pero sirvió para ver posicionamientos geo-estratégicos. Y del lado de Argentina sólo estuvieron latinoamericanos, algunos países del Tercer Mundo y decididamente Cuba y la Unión Soviética. Y si eso se traslada al terreno material, la situación es más clara: los latinoamericanos pueden esperar apoyo de Cuba y la URSS, pero no de Europa, o muchísimo menos...

*André Gunder Frank.*—De eso yo no estoy tan seguro. En el inmediato pasado fue la socialdemocracia alemana quien apoyó materialmente a Centroamérica, antes que la URSS. Desde otro plano, yo veo —y acabo de escribir un libro sobre esto— que pueden

darse contradicciones cada vez mayores entre Estados Unidos y Europa Occidental en el plano económico, político y estratégico. Y creo que una de las manifestaciones —al principio también fue causa— se dará respecto a la relación con el Tercer Mundo. Entonces yo sí creo en la posibilidad de apoyos europeos a movimientos de liberación. Otra cosa es si serán más o menos beneficiosos que los que proceden de la URSS...

*Enrique Gomáriz.*—Pero, de todas formas, lo que sucede es que ese apoyo de Cuba y los países del Este puede impedir el replanteamiento del modelo político y eso también explicaría la afirmación de Aricó sobre la «continentalidad leninista». ¿No cabe en ningún momento la posibilidad de entender estos apoyos como algo independiente de la necesidad de buscar un proyecto socialista, democrático e independiente?

*José Aricó.*—Bueno, es evidente que el apoyo cubano y soviético tiene un peso importante en la discusión pública sobre los modelos políticos. También hay que decir que lo que ofrece la socialdemocracia europea como alternativa tiene muchos peros. Ahora bien, yo creo que es posible la búsqueda de un replanteamiento de la política tradicional, pero lo que digo es que eso implica un replanteamiento teórico muy profundo. Y hoy lo que hay es el cambio que deriva de experiencias concretas, de crisis, de forzamientos por la propia crisis económica. Pero sin ir acompañado de un proceso de reflexión general sobre los modelos de sociedad e, incluso, las transformaciones que habría que encarar desde otro punto de vista. Esto no aparece como la discusión abierta que se podría dar.

*Enrique Gomáriz.*—A mí me parece que eso ya se está dando ligado a la forma nueva de encarar el proceso de salida de la dictadura. Al menos eso me parece que está sucediendo dentro de Chile. El viejo grupo de la FLACSO y de convergencia socialista tiene una posición bastante avanzada sobre las consecuencias de una apertura política hecha desde la necesidad de buscar instituciones democráticas estables. Es decir, me parece que están hincándole el diente a la fórmula del socialismo democrático, con todas sus consecuencias. Y esto no tiene que ver con el hecho de que quizá este grupo no tenga mucho que decir sobre las acciones concretas para tirar ahora a Pinochet, pero sí tienen una imagen bastante clara de cómo hay que encarar la apertura, desde una reflexión sobre el socialismo democrático.

*José Aricó.*—Lo que sucede es que en América Latina se desconfía un poco de los planteamientos hechos desde la completa ilegalidad. Hay que ver luego, cuando se está en la legalidad, qué densidad teórica tiene ese replanteamiento en el conjunto de la izquierda, y no sólo en un sector de intelectuales. Porque si no existe esa discusión teórica amplia, todo se reduce a una posición política atada a unas circunstancias determinadas. Yo he escuchado a gente como Faletto y, evidentemente, ellos están pensando en otras cosas, es cierto que tienen relación con las organizaciones socialistas y es posible que eso se refleje en un futuro dentro de tales organizaciones. Pero habría que ver en qué medida. Y no son un grupo muy amplio. El resto son operaciones tácticas de programas democráticos. Yo he discutido con gente de Convergencia Democrática en México, incluso con profesores de CD que dan clases en la UNAM y que enseñan Lenin sobre la base del Estado y la Revolución. ¿Cómo se compagina lo uno con lo otro? Pues yo no lo sé. Pero esa contradicción existe y ése es el dato. Hay que fijarse en las revistas, donde prolifera un discurso democrático, pero yo creo que no hay una discusión teórica detrás, ni una nueva concepción del Estado, ni una reflexión nueva sobre los sistemas políticos. Se trata de un discurso democrático como producto de unas situaciones dadas, más que como un cambio ideológico profundo.

*Carlos Franco.*—En esto sí estoy de acuerdo. Incluso creyendo que existen algunos focos de reflexión más profunda. Pero el discurso democrático no puede interpretarse

como producto de cambios de pensamiento profundos. Yo creo que no existen cambios incluso en temas más inmediatos, como es el de la relación con las Fuerzas Armadas. De Panamá hacia el Sur ya hay suficiente experiencia como para concluir que los procesos de cambio pueden adoptar muchas formas, pero no pueden hacerse *en contra* de las Fuerzas Armadas. Es decir, hay que encontrar una fórmula de relación con los militares, aunque para ello la izquierda deberá asumir como suyos los problemas de la seguridad y la defensa, los problemas de la tecnología militar en relación con el desarrollo de la industria nacional. Tales problemas no pasan por la mente de los militantes de izquierda, que ya han llegado a la idea de que la transición democrática deberá comportar alguna suerte de acuerdo con los empresarios. El problema es que ninguna transición es posible en América Latina, al sur de Panamá, sin tomar en cuenta la cuestión militar.

*Enrique Gomáriz.*—Me parece que en Brasil todas estas cuestiones están asumidas por las fuerzas de cambio. Creo que en Brasil el conjunto de la apertura ha sido repensada. Algunos dicen que teniendo en cuenta el modelo español: una apertura democrática que se *negocia* entre el bloque dominante y los representantes de unas fuerzas sociales que presionan con el movimiento de masas. Y si esto se ha repensado en Brasil, puede suceder también en otros países del cono sur.

*Carlos Franco.*—Respecto al problema militar, es cierto que en Brasil hay quien está convencido —yo he conversado con Cardoso al respecto— de la conveniencia de que, inmediatamente después de las elecciones, se vuelva a conversar con las Fuerzas Armadas. Pero creo que esto pasa en algunos sectores brasileños y mucho menos en el resto del continente.

*José Aricó.*— Pero creo que se están abriendo posibilidades para ello, aunque muy lentamente. En Argentina radicales y peronistas están discutiendo sobre la cuestión militar, aunque de forma primaria: cómo hacer para mantener quieto al Ejército y permitir el asentamiento del gobierno democrático. Esto también se están planteando en la sociedad: comienzan a salir artículos sobre la reconstitución del Ejército. Yo creo que la profundización en los temas militares están aún por hacerse y que las organizaciones políticas están por detrás de las necesidades objetivas a este respecto.

De todas formas, yo tampoco estoy seguro de que la izquierda pase las pruebas en este tipo de temas. Ahí está el asunto de Sendero Luminoso, en torno al cual la izquierda latinoamericana ha reaccionado como siempre: rechaza la operación de Sendero Luminoso pero la «entiende». Pero yo creo que si rechazas a Sendero Luminoso deben pensar en las consecuencias que tiene una organización así dentro de un sistema donde hay instituciones, gobierno y posibilidades de actuación política. Y si se entiende bien esto, se entenderá mejor la cuestión del Ejército. En el fondo el mejor test sobre los cambios ideológicos de la izquierda está ahí: ¿Qué hace la izquierda marxista-leninista en un sistema legal y democrático, cuando surge un cuestionamiento de ese sistema por una organización armada que se reclama marxista-leninista?

*Enrique Gomáriz.*—Entonces, hay que suponer que el test de Sendero Luminoso evidencia que para la gran mayoría de la izquierda, el sistema democrático, el Parlamento, es simplemente una cosa a utilizar durante la apertura sin más valor intrínseco...

*José Aricó.*—En efecto, yo creo que la izquierda latinoamericana no comprende que el valor sustantivo de la salida democrática, en la medida de que está asentada sobre el sistema de partidos, el voto popular y la fuerte presencia de la izquierda en las Cámaras. No comprende el valor en sí del sistema democrático a conquistar, sino que lo ve como algo transitorio; no contempla el mantenimiento de esas instituciones sino que piensa en

su transformación radical. Entonces, frente a asuntos como el de Sendero Luminoso la actitud es de rechazo de SL, al tiempo que enérgica condena al Ejército, con lo cual el problema queda sin resolver. Creo haber visto a un dirigente político que proponía en un reportaje que se procediera a la instalación en Ayacucho —centro de Sendero Luminoso— de un gobierno democrático que diera pan, trabajo, electricidad, salario, vivienda, y que de esa manera se absorbía, se difuminaba Sendero Luminoso. Como si SL fuera la expresión directa de la ausencia de todas esas cosas. Algo muy poco claro, porque entonces no sería posible entender la lucha en Alemania o en Italia. El fenómeno de la violencia hay que comprenderlo desde otra perspectiva: contradicciones dentro del sistema político-social. Pero el entendimiento que hace la izquierda en América Latina, parte de un menosprecio evidente por el valor consustancial del sistema democrático. Eso sigue pasando en la izquierda argentina y a mí me parece tremendamente peligroso.

*André Gunder Frank.*—Yo creo que aquí habría que integrar los problemas económicos. Es decir, esa inestabilidad política que para muchos es debido a que no existe mucho espacio económico para regímenes estables. No puede decirse que es por la vía parlamentaria que la economía mundial marcha bien, aunque yo creo que la fórmula insurreccional tampoco tiene un proyecto claro. Habría que ver país por país. Creo que en Chile, Argentina y ni siquiera Brasil tienen un proyecto económico-social que realmente se enfrente a la crisis actual. En pocas palabras, yo creo que desde que se optó por la llamada promoción de exportaciones en vez de la sustitución de importaciones, eso limita la estabilidad política del sistema democrático-burgués, así como la de los regímenes alternativos y que yo sepa nadie parece tener un proyecto sólido para enfrentar la crisis económica.

*Enrique Gomáriz.*—Dicho de otra forma: la devaluación de los sistemas democráticos también tendría que ver con la duda que tiene la izquierda de que exista espacio económico para mantenerlos. Cabría preguntarse si existe alguna forma de enfrentar la crisis que permita la creación de ese espacio socio-económico necesario.

*José Aricó.*—Pues yo no sé si las aperturas que se apuntan tendrán o no espacio económico. Pero sí que abrirán un espacio político para discutir ampliamente cómo enfrentar la crisis y que los partidos se den cuenta que sus programas no suponen una actualización de ideas, sino que están anclados en coyunturas anteriores.

*André Gunder Frank.*—Pues yo creo que puede haber ese espacio político que dices, pero sucede que lo que pase en el plano económico no tiene que ver con la discusión política de esos países, ni siquiera con su movimiento social, sino con cambios que se operaran en el ámbito mundial, sobre los cuales no tendrán control las fuerzas políticas de Argentina o de Perú. Incluso si una crisis del sistema mundial —por ejemplo, del sistema financiero— pudiera favorecer la ampliación del espacio de actuación nacional.

*Enrique Gomáriz.*—Bueno, tú has escrito bastante sobre la crisis mundial, sosteniendo siempre la idea de que al Hemisferio Sur no le queda mucho espacio económico. ¿Sigues manteniendo esa tesis?

*André Gunder Frank.*—Sí. Y creo que eso será así hasta que se produzca un resquebrajamiento del sistema mundial, algo que no me parece imposible. En todo caso, yo creo que si la izquierda no tiene proyecto económico, tampoco lo tiene ahora la derecha, y por eso se está planteando cambiar de modelo. A partir de ahí se está preguntando si deja entrar en el juego político a las fuerzas que ha dejado fuera hace diez años.

*José Aricó.*—Eso es cierto: la derecha modifica su política no por la presión de la izquierda, sino por la presión de la crisis. Bien, pues en ese cuadro es en el que hay que pensar salidas. Dicho brevemente: si se nos cuestiona una cantidad de cosas, patrones de

consumo, tipos de industria, formas de distribución de recursos, entonces habrá que pensar en términos radicalmente nuevos para la izquierda. En términos, como diría Berlinguer, del «concepto de austeridad», porque si no pensamos en esos términos no sé cómo podremos encarar la crisis.

*Enrique Gomáriz.*—Pero si uno sigue el argumento de André sobre los factores internacionales como determinantes, entonces tendremos un movimiento más del péndulo histórico latinoamericano: como los regímenes de dictadura imperantes agotan su modelo económico, la derecha social que apoyó la formación de esos regímenes, piensa «vayamos a la apertura democrática e impliquemos en un proceso de negociación a las fuerzas de izquierda», buscando la recuperación del mercado interno en combinación con una cierta mejoría de la situación mundial. Pero como esa coyuntura no será tan amplia, los nuevos regímenes democráticos no tendrán suficiente espacio económico, y poco tiempo después la derecha volverá a pensar en términos de dictadura. Con lo que tendremos recorrido todo el ciclo. Uno más del movimiento intermitente de cierres y aperturas que hace tiempo muestra el continente.

*José Aricó.*—Puede ser, pero para ello es necesario que todos jueguen el juego, y hoy las situaciones son muy distintas. Por ejemplo, en Argentina la necesidad de pensar en términos diferentes parte de hechos como el siguiente: la clase obrera industrial que era de un millón ochocientos mil trabajadores, ha quedado reducida a menos de novecientos mil. Se ha liquidado la mitad de una clase social. ¿Se puede reconstruir de la misma manera que se formó? ¿Se siguen fabricando zapatillas? ¿Se siguen fabricando automóviles? Las cuestiones son demasiado gruesas como para que no se haga un replanteamiento radical de las políticas de la izquierda.

*Enrique Gomáriz.*—O sea que llegamos a una conclusión no muy alegre: la izquierda latinoamericana, al sur del Canal de Panamá, se encuentra ante la alternativa de, o una dictadura militar que tiene de malo lo económico y lo político, o bien una apertura democrática que nos obliga a asumir la necesidad de apretarnos brutalmente el cinturón para enfrentar la crisis y mantener como sea el sistema democrático, olvidándonos de cualquier tipo de «alegrías» de cambios socialistas, como se plantearon en el pasado. ¿Es esa la situación?

*José Aricó.*—Sí, lo es.

*Carlos Franco.*—Sí, esa es la situación.

*André Gunder Frank.*—Podemos estar de acuerdo en eso, pero esas políticas son de defensa de la crisis, sin garantía de que sean exitosas y, desde luego, nada tienen que ver con políticas de cambio al socialismo. Aunque quizá yo sea el más pesimista.

---

Discusión organizada en Tréveris durante el Congreso conmemorativo del Centenario de Marx, por Enrique Gomáriz, con Carlos Franco, José Aricó y André Gunder Frank.